ENTRE PARQUES Y CANTONES

Ignacio García
Doctor arquitecto

Hoy no hablamos de grandes superficies ajardinadas, ni de un sistema de administración territorial. Queremos referirnos a dos instalaciones municipales imprescindibles en la infraestructura urbana: los parques de bomberos y los cantones de limpieza. Su construcción se enmarca dentro del tipo de edificios dotacionales. Algunos de los más antiguos de Madrid hoy forman parte de su patrimonio arquitectónico protegido.

Los parques de bomberos

El origen del Cuerpo de Bomberos de Madrid data de 1515, cuando la reina Juana I de Castilla eximió del pago del tributo de aposento a un grupo de treinta carpinteros musulmanes a cambio de que acudiesen a apagar los fuegos que pudieran surgir en la villa una vez avisados de un siniestro por las campanas de las iglesias o bien al ser requeridos por el Concejo.

El primer acuerdo sobre fuegos en Madrid, adoptado en 1577, seguía el modelo del establecido años antes en Valladolid. En 1618 las autoridades madrileñas crearon el servicio de «matafuegos de la villa» y «mozos mangueros», un grupo de carpinteros, oficiales de obras, alarifes y aguadores dotados del material necesario para extinguir los incendios en la capital a cambio de un salario por sus servicios.

Tras los dramáticos incendios de la Plaza Mayor (1631 y 1672) y el del Real Alcázar (1734), se introdujeron normas sobre los materiales a emplear en la construcción de edificios, se reguló la implantación en la ciudad de determinados oficios que utilizaban fuego en su quehacer diario y se reformó el servicio contraincendios, introduciendo importantes cambios en la organización de su personal y en la dotación de nuevas máquinas.

Con la expansión del Ensanche de la ciudad en 1860 se hizo necesario disponer de puntos de actuación inmediata dispersos por la trama urbana y fijar diversos puestos de almacenamiento de material contraincendios dotados cada uno con una bomba de agua. Del empleo de esta máquina procede la denominación de *bomberos*, referido a los miembros de este cuerpo municipal, denominación que se mantiene hasta la actualidad.

Debido al incendio acaecido siendo alcalde el conde de Romanones en la noche del 1 de junio de 1891 en la calle Ribera de Curtidores, que afectó a doce edificios, se reorganizó el servicio contraincendios y se aprobó el primer reglamento del Cuerpo de Bomberos, lo que supuso la creación de los primeros parques de la capital. A esta reorganización se debe la construcción de los más antiguos de Madrid.

En la actualidad, el Servicio de Bomberos está organizado en doce parques distribuidos por toda la ciudad. Vamos a visitar algunos de los más singulares, o bien por ser los más antiguos que permanecen o han permanecido hasta hace poco tiempo en servicio, o bien por ser los más modernos y cuyo diseño obedece a un prototipo establecido para la construcción de los nuevos parques.

Parque de bomberos de la calle Imperial.

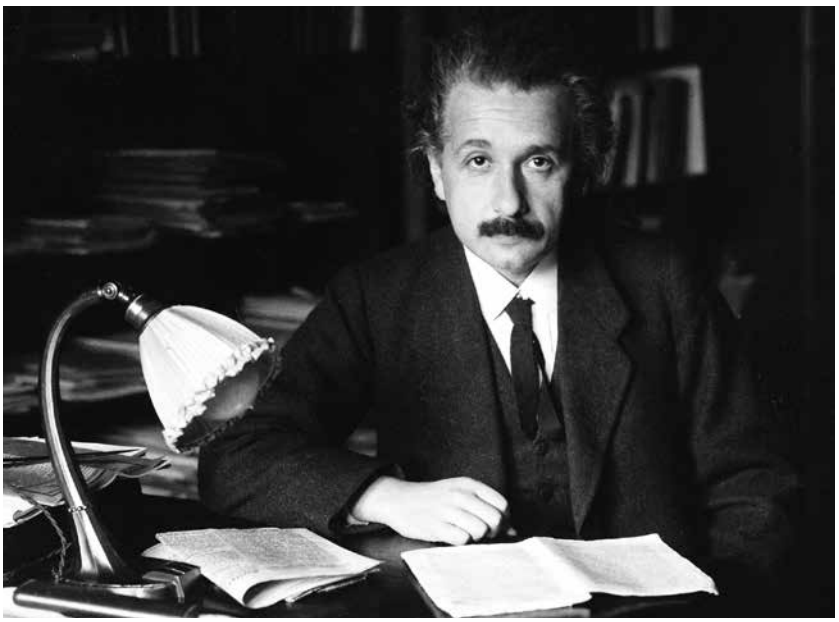
Alfonso V. Carrascosa
Científico del CSIC
Miembro colaborador del Instituto de Estudios Madrileños

1923: EINSTEIN EN MADRID

Hace cien años el científico Albert Einstein fue invitado a venir a Madrid… ¡y vino! Lo hizo en el marco de una visita a España que comenzó en Barcelona y terminó en Zaragoza, siendo nuestra ciudad la que más días le hospedó. Aquí, en plena Edad de Plata, participó en varios actos públicos de naturaleza tanto académica como social. Hizo además varias excursiones a los alrededores de la capital de España. Alfonso XIII encabezaría el conjunto de autoridades que se dieron cita con el sabio. Fueron muchas las ciudades del mundo que invitaron a Einstein, y pocas las que le hospedaron: Madrid fue una de ellas.

Albert Einstein (1879-1955) probablemente sea el científico más popular del siglo xx y el físico más importante de todos los tiempos. Las imágenes del rostro de este alemán de origen judío, nacionalizado después suizo, austriaco y estadounidense, con ese despeinado tan particular o sacando la lengua, siguen dando la vuelta al mundo aún a día de hoy. Profesor en las universidades de Berna, Zúrich y Praga, enunció la teoría de la relatividad, una de cuyas expresiones matemáticas más famosas es la de $E = mc^2$, que significa que la energía es igual a la masa por la velocidad de la luz al cuadrado, o sea, que la masa puede convertirse en energía. No es que comprendamos muy bien el alcance de los descubrimientos de Einstein o terminemos de entender del todo su utilidad para nuestra vida cotidiana, pero la tuvo y la tiene, de primera magnitud. Semejante situación pasa con muchas cuestiones científicas, y la vida sigue.

Empleado en la Oficina de Patentes de Berna, en 1905 redactó varios artículos científicos fundamentales sobre la física de pequeña y gran escala. En el primero de ellos, «Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento», explicaba el movimiento browniano, movimiento continuo y aparentemente aleatorio que experimentan las partículas en suspensión, que le valió el grado de doctor por la Universidad de Zúrich en 1906, enunciando además la teoría de la relatividad especial. En el segundo, «Sobre un punto de vista heurístico relativo a la producción y transformación de la luz», describió el efecto fotoeléctrico, que viene a decir que la luz se comporta como partículas, «cuantos de luz», que más tarde serían bautizados como «fotones», resolviéndose así el problema de la dualidad onda/partícula de la luz, y recibiendo Einstein el Premio Nobel en 1921 por ello, muchos todavía creen que se lo dieron por la Teoría de la Relatividad. Los dos artículos restantes desarrollaban la teoría de la relatividad especial y la equivalencia masa-energía ($E = mc^2$). Todos estos artículos fueron enviados a la revista *Annalen der Physik* y son conocidos generalmente como los artículos del *annus mirabilis* («año milagroso») de la física internacional.



Albert Einstein en 1920, año en el que recibió la primera oferta para visitar Madrid.

Sara Medialdea

COMENZAR EL AÑO CON BUEN PIE Y MEJORES VISTAS

Cada año que empieza es una oportunidad para la renovación. Los buenos propósitos que nos asaltan tradicionalmente a la vuelta del verano se incrementan con el cambio del almanaque. Todos nos prometemos ser mejores, más activos, más curiosos, hacer aquello que normalmente vamos dejando de lado por imperativo del día a día. La propuesta de este comienzo de año va en esa dirección: seamos de verdad lo que queremos ser. Y qué mejor que comenzar por visitar y conocer la ciudad donde vivimos y hacerlo con ojos de neófito. Como si no la conociéramos. Porque, en realidad, nos falta mucho para llegar a conocerla.

Ocurre con frecuencia que paseando por una calle céntrica, por la que hemos pasado cientos de veces, nuestros ojos tropiezan casi por casualidad con una construcción en la que apenas habíamos reparado. O que habíamos visto con prisas desde el coche, pero no sabemos qué pinta allí ni cuál fue su historia. Es, seguramente para muchos, el caso del **Instituto Homeopático-Hospital San José**, en la calle de Eloy Gonzalo, números 3-5. Fue mandado construir por José Núñez Pernía, médico de cámara de Isabel II, a través de su fundación Sociedad Hohnemanniana Matritense, una entidad dirigida a extender la homeopatía.

La sociedad nació en 1845, y el doctor tuvo que recurrir a una suscripción popular para construirlo. Con aportaciones de setecientas personas de diferentes puntos de Europa e Hispanoamérica, consiguió recaudar más de 433 000 reales. Levantarlo costó el doble, y el doctor Núñez se hizo cargo de la diferencia de su propio bolsillo. Debía de ser un doctor peculiar, pues, además de ocuparse de la salud real, también atendía dos días en semana gratis en su consulta de la calle Atocha, número 16.

El edificio del Instituto Homeopático, declarado Bien de Interés Cultural en 1997, es un auténtico regalo para la vista. Cuenta con una singular galería acristalada, y aún conserva en algunas de sus salas los azulejos originales en la pared, así como la capilla, ahora convertida en salón

Fachada y salón principal.

Alejandro Segura

«CONTRASTES»

Si se quisiera resumir cuál es el temple ideológico de Mesonero, nada mejor que leer este artículo, que posee el nombre exacto de lo que el autor quiere contarnos: «Contrastes», el fin de una tipología de costumbres y el comienzo de otra, bajo el pontificado general de la figura del periodista, emblema de un nuevo tiempo que Mesonero cuestiona. Mesonero habla de «tipos perdidos», es decir, de aquellas figuras que ya no se seguirán viendo en Madrid, y de los «tipos hallados», de esos nuevos personajes que vienen en su reemplazo.

Tipos perdidos y tipos hallados

Entre los *tipos perdidos* se encuentran la figura del religioso, el consejero de Castilla, el lechuguino, el cófrade, el alcalde de barrio y el poeta bucólico. Entre los *tipos hallados*, Mesonero nos habla del periodista, el representante más acabado de los cambios que él está viendo, del contratista, del juntero, de los artistas, del elector y del autor de bucólica.

Mesonero, que cree en la lentitud de los procesos personales, en los hábitos cotidianos y a la vez seculares, parece en principio tomar partido por los *tipos perdidos*, que responden mejor a su concepción de las cosas. Al final del artículo, sin embargo, tomará distancia de sus propias preferencias, advirtiéndonos que también los «tipos hallados» se convertirán con el devenir de los años en «tipos perdidos»: «El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma […]. Andarán los tiempos, mudaranse las horas, y todos estos tipos, hoy flamantes, pasarán como los otros a ser añejos y retrógrados, y nuestros nietos nos pagarán con sendas carcajadas las pullas y chanzonetas que hoy regalamos a nuestros abuelos, ¿Quién reirá el último?».

Pares extraños

En algunos casos, los pares que arma pueden parecer extraños. Es que en realidad Mesonero no estará haciendo un contraste entre el religioso al estilo *perdido* y al estilo *encontrado*, sino entre la figura tradicional del religioso y un personaje típico del nuevo Madrid, la del periodista. Para oponer a los cuestionamientos que la sociedad ha esgrimido sobre la figura del religioso por la sociedad, Mesonero se valdrá del *pero*:

El periodista.

El religioso.

El romántico.

M. Fátima de la Fuente del Moral
www.exploralodesconocido.com
Fotografía: Javier Maeso

BÁRBARA DE BRAGANZA

La reina Bárbara de Braganza no lo tuvo fácil en la corte española. Fernando VI, que fue su esposo, se quedó espantado cuando vio por primera vez el aspecto de su prometida. Y es que ella tenía marcas de viruela por toda la cara y un marcado sobrepeso. Sin embargo, la inteligencia y el buen juicio de la portuguesa acabaron conquistando a nuestro borbón.

Sin embargo, Bárbara no llegó a ganarse al pueblo español, quien siempre vio en ella una reina enfermiza y derrochadora. A su muerte, acaecida un año antes que la de su marido, dejó una sorpresa bastante desagradable en su testamento. ¿Queréis saberla? Pues en las próximas líneas os la desvelaremos.

A estas alturas nadie duda del ingenio de los madrileños. Y es que la historia no para de dar fe de esa chispa castiza a través de numerosos ejemplos. Como cuando, a la muerte de una reina dieciochesca, alguien compuso y difundió esta coplilla:

La estéril reina murió
sólo preciosa en metales.
España engendró caudales
para la que no engendró.

Bárbara desheredó
a quien la herencia le ha dado
y si la Parca no ha entrado
a suspenderse la uña
todo lo que el rey acuña
se trasladará al cuñado.

¿Sabéis a quién se referían estos versos? Pues seguramente a alguien de quien no hayáis oído muchas cosas buenas. Y es que la portuguesa Bárbara de Braganza, a quien alguien dedicó esta coplilla, no dejó una buena imagen ante el pueblo español. Su naturaleza era tan enfermiza que debía guardarse todo lo posible del frío, ya que a la mínima sufría grandes ataques de tos. Una de sus cuñadas llegó a decir de ella: «Parece el retrato del licenciado Vidriera». Además, su carácter obsesivo y un sobrepeso más que evidente fueron despertando en los españoles una antipatía creciente.

Pese a todo, lo que más desilusionó a nuestro Fernando VI, quien se convertiría en su esposo, fue que al verla por primera vez observó, horrorizado, el rostro marcado por la viruela de la joven princesa lusa. ¿Queréis imaginar lo que Fernando sintió cuando vio por primera vez a Bárbara? Por suerte, teníamos por allí al embajador inglés Keene, quien describió así la escena:

Bárbara de Braganza, reina de España, 1729. Jean Ranc. Museo del Prado.

Javier Leralta

LA CIUDAD DE LOS REYES

Alfonso XIII.

Carlos V, Museo del Prado.

La emperatriz Isabel, Museo del Prado.

Coincide este número de *Madrid Histórico* con las fechas cercanas a la festividad de los Reyes y he querido repasar la relevancia que ha tenido la monarquía en la ornamentación urbana de la ciudad. Es muy posible que Madrid sea la ciudad con mayor número de estatuas de reyes y reinas dispersas por plazas, jardines y edificios, gracias, en parte, a la idea del padre Martín Sarmiento de adornar el Palacio Real con las imágenes de ciento doce esculturas, desde los orígenes del mundo hispánico hasta Fernando VI y Bárbara de Braganza.

Madrid cuenta con figuras de todo tipo, de caliza, mármol y bronce, elegantes y toscas, grandes y pequeñas, suntuosas e ingeniosas, antiguas y modernas, de notables y sencillos pedestales, que transmiten la importancia del personaje en el momento del encargo. No todos los reyes, por muy reyes que fueran, tuvieron el respeto y reconocimiento de la historia y de sus súbditos. Y con razón.

Las esculturas más añejas, y tal vez las mejores, son las de Carlos I, Isabel de Portugal y Felipe II, realizadas por la familia Leoni a mediados del siglo XVI y guardadas como auténticas obras de arte en el Museo del Prado. Algunas de ellas son desmontables, como los Playmobil, que dejan al descubierto el torso desnudo al estilo Cristiano Ronaldo. Otras son el resultado de un ingenioso estudio de equilibrio y sabiduría, como la de Felipe IV en la plaza de Oriente. Las hay muy jóvenes, como la de Alfonso XIII en la Complutense, o la más reciente de Juana I de Castilla, en el Retiro. Algunos monarcas han tenido el beneplácito de la popularidad y el márquetin de la historia, como Carlos III, que cuenta con varias figuras; otros, en cambio, como su hijo Carlos IV y su nieto Fernando VII, gobernaron de mala gana y en tiempos difíciles y las autoridades decidieron que mejor no dejarse ver por las calles para evitar tentaciones perversas.

Hubo reyes despreciados por la estatuaria, como José I y Amadeo de Saboya, por ser extranjeros y poco queridos; unos pocos cuentan con figuras modeladas por manos de prestigio, como las de Alfonso XII y María Cristiana de Borbón, ambas de Mariano Benlliure; o la de Felipe III, de Pietro Tacca. En cambio, hay reyes que quedaron en el olvido, como Carlos II, Felipe V y Fernando VI, sólo retratados en la colección del padre Sarmiento, aunque sus figuras no alcanzan la notoriedad de otras, y eso que fueron talladas por buenas manos, como las de Pascual de Mena y Domenico Olivieri, entre otros.

Cada monarca ha pasado a la historia marcado por sus éxitos y fracasos, con sus apodos y leyendas. Una de ellas advierte que uno de los talleres donde se tallaron las estatuas del Palacio Real estuvo en la calle de los Reyes, por eso el nombre. Pero la verdad es otra, porque un plano de 1706 lo desmiente. Al final, la historia que reconocemos es la que nos han contado y no la que sucedió, y la estatuaria real madrileña lo deja claro. ■

Texto extraído del libro
La trastienda de Madrid
de Ediciones La Librería, 2021.

Madrid Hace un Siglo (Archivo ABC)

El nacimiento del Edificio Metrópolis
21 de enero de 1911

El Edificio Metrópolis estaría en todas las quinielas si hubiera que elegir el edificio más bello de Madrid. En el documento gráfico que nos acompaña asistimos a su primer día de vida, correspondiente a su inauguración el 21 de enero de 1911. Una delicia arquitectónica que se tardó en construir cuatro años y para cuya llegada previamente hubo que derribar siete casas. En aquel momento era además la construcción más alta de la ciudad.

El inmueble fue un encargo de la compañía de seguros La Unión y el Fénix Español. De hecho, ese es el nombre que puede leerse en su letrero en la foto y fue su denominación original. Sin embargo, en 1972 pasó a manos de otra aseguradora, Metrópolis, y mutó a su nombre actual. Pero ese no es el único cambio que presenta con respecto a la actualidad. Originalmente, como podéis ver, estuvo coronado por una estatua de bronce que representaba a Ganímedes sobre un fénix. Cuando el edificio cambió de propietarios, lo hizo también la escultura que lo remataba, pasando a ser una Victoria alada obra de Federico Coullaut Valera. ■

Extracto del libro *Madrid hace un siglo* de Manuel García del Moral. Madrid: Ediciones La Librería, 2021.